

# Reminiscencias<sup>1</sup>

Eleanor Marx

Mis amigos austriacos me pidieron que les enviara algunas impresiones de mi padre. No me podrían haber pedido algo más difícil. Sin embargo, los trabajadores y trabajadoras austriacas llevan una lucha tan espléndida por la causa por la que Karl Marx vivió y trabajó, que no les puedo decir que no. Intentaré enviarles algunas líneas dispersas, notas inconexas sobre mi padre.

Muchas historias extrañas se han contado sobre Karl Marx, desde sus «millones» (en libras esterlinas, por supuesto, porque ninguna otra moneda menor lo valdría), hasta haber sido financiado por Bismarck, a quien habría visitado constantemente en Berlín durante en el periodo de la Internacional (¡!).

Después de todo, para los que conocieron a Karl Marx ninguna leyenda es más divertida que la imagen común que lo muestra como un hombre apático, inflexible y distante, una suerte de Júpiter Tonante siempre arrojando rayos, sentado lejos y solo en el Olimpo, sin conocer una sonrisa. Esta imagen del alma más alegre y feliz que alguna vez respiró, un hombre rebosante de humor y encanto, el más amable, gentil y simpático de los acompañantes, cuya risa contagiosa e irresistible le salía del corazón, es una sorpresa, un regocijo, para quienes lo conocieron.

En su vida doméstica, como en la interacción con sus amigos e incluso con simples conocidos, la principal característica de Karl Marx era su buen humor desatado y su simpatía ilimitada. Su amabilidad y paciencia eran realmente sublimes. Un temperamento menos cariñoso habría llegado a la desesperación con las constantes interrupciones y solicitudes de todo tipo de personas. Que un refugiado de la Comuna —uno muy aburrido, por cierto— que tuvo a Marx ocupado durante tres horas insufribles, le haya dicho «*Mon, cher Marx, je vous excuse*» cuando este finalmente se excusó porque el tiempo apremiaba y tenía mucho trabajo que hacer, es una muestra de su cortesía y amabilidad.

Con este aburrido viejo, como con cualquier hombre o mujer que creyera honesta (le entregó su precioso tiempo a no pocos que lamentablemente abusaron de su generosidad), Marx siempre se mostró como el más amistoso y amable de los hombres. Su poder para *leer* a las personas, para hacerles sentir que se interesaba en lo que les interesaba a ellos, era maravilloso. He podido escuchar a hombres de las más diversas trayectorias y posiciones hablar de esta capacidad particular de comprenderlos a ellos y a sus asuntos. Cuando consideraba que alguien era realmente honesto, su paciencia era ilimitada. Ninguna pregunta era demasiado trivial como para que no la respondiera, ningún argumento demasiado infantil como para no discutirlo con seriedad. Su tiempo y su vasto conocimiento estaban siempre al servicio de cualquier hombre o mujer que pareciera ansiosa por aprender.

Pero era en su interacción con los niños donde quizás Marx era más encantador. Posiblemente los niños nunca tuvieron un compañero de juego más fascinante. Mis primeros recuerdos suyos son de cuando tenía más o menos tres años de edad y el Moro (con esto se conocerá el antiguo sobrenombre que tenía en nuestra casa) me llevaba sobre sus hombros

---

<sup>1</sup> Publicado en Viena con el título «Karl Marx. Lose Blätter», en el *Österreichischer Arbeiter-Kalendar für das Jahr 1895* («Karl Marx. Hojas sueltas», en *Anuario de los obreros austriacos de 1895*).

por nuestro pequeño jardín en Grafton Terrance, mientras ponía flores de campanillas en mis rizos castaños. Es sabido que el Moro era un excelente caballo. Incluso antes, en días que no puedo recordar pero que me han contado, mis hermanas y mi pequeño hermano (cuya muerte poco antes de mi nacimiento fue para mis padres una pena de toda la vida) ataban al Moro a unas sillas para montarlo, mientras él forzaba por liberarse. Personalmente —quizás porque no tuve hermanas de mi edad— siempre preferí al Moro como caballo. Sentada sobre sus hombros, sosteniéndome firme de su enorme melena, en ese entonces negra con algunos tintes grises, tuve paseos magníficos alrededor de nuestro jardín y por los campos —hoy urbanizados— que rodeaban nuestra casa en Grafton Terrace.

Una palabra sobre el nombre del Moro. En casa todos teníamos sobrenombres. (Los lectores de *El capital* sabrán la mano que tenía Marx para esto). Moro era el nombre común, casi el oficial con el que llamaban a Marx, no solo nosotros sino todos sus amigos íntimos. Pero también era nuestro «Challey» (¡me imagino que era originalmente una corrupción de «Charley»!) y «Old Nick». Mi madre era siempre nuestra «Möhme». Nuestra querida vieja amiga, Helene Demuth, amiga de toda la vida de mis padres, después de pasar por una serie de sobrenombres se transformó en nuestra «Nym». Engels fue nuestro «General» después de 1870. Nuestra amiga muy cercana —Lina Scholer— era nuestra «Old Mole». Mi hermana Jenny era «Qui Qui, Emperador de China» y «Di». Mi hermana Laura (Madame Lafargue) era «Hottentot» y «Kakadou». Yo era «Tussy» —un nombre con el que me quedé—, «Quo Quo, Sucesora del Emperador de China», y por un largo tiempo también fui «Getwerg Alberich» (del *Cantar de los Nibelungos*).

Ahora, si el Moro era un excelente caballo, tenía una cualidad incluso mayor. Era un cuentista único y sin parangón. Le escuché decir a mis tías que de niño pequeño era un terrible tirano con sus hermanas, que las obligaba a correr como caballos a toda velocidad por Markusberg, en Tréveris, y, peor aún, las obligaba a comer los pasteles que hacía con harina y sus manos sucias. Ellas decían que soportaban estos «paseos» y que comían sus pasteles por las historias que Karl les contaría como recompensa por sus virtudes. Muchos, muchísimos años después, Marx también le contaría historias a sus hijas. A mis hermanas —yo era entonces demasiado pequeña— les contaba historias mientras caminaban, y estas se medían en millas, no en capítulos. «Cuéntanos una milla más», le gritaban las dos niñas. Por mi parte, de las muchas historias maravillosas que el Moro me contó, la más maravillosa, la más encantadora era la de «Hans Röckle». Se extendía durante meses y meses; era toda una serie. ¡Es una lástima que no hubiera nadie para escribir esas historias llenas de poesía, ingenio y gracia! Hans Röckle era un mago que parecía salido de una novela de Hoffmann, que tenía una juguetería y estaba siempre «corto» de dinero. Su tienda estaba llena de las cosas más maravillosas: hombres y mujeres de madera, gigantes y enanos, reyes y reinas, trabajadores y artesanos, animales y aves tan numerosas como las que Noé llevó en el Arca, mesas y sillas, carruajes, cajas de todo tipo y tamaño. Y aunque era un mago, Hans nunca lograba saldar sus cuentas ni con dios ni con el diablo —siempre a contracorriente—, de modo que se veía constantemente obligado a venderle sus juguetes a este último. Estos atravesaban aventuras maravillosas, retornando siempre a la tienda de Hans Röckle al final. Algunas de estas historias eran tan tremendas y terribles como cualquiera escrita por Hoffmann; otras eran graciosas; todas eran contadas con inagotable brío, ingenio y gracia.

El Moro también les leía a sus hijas. A mí, y a mis hermanas antes que a mí, nos leyó todo Homero, todo el *Cantar de los Nibelungos*, *Gudrun*, *Don Quijote*, *Las mil y una noches*, etcétera. Shakespeare era la *Biblia* de nuestra casa, nunca lejos de nuestras manos o labios. Para cuando tenía seis años, ya me sabía de memoria muchas escenas de Shakespeare.

Para mi cumpleaños número seis, el Moro me regaló mi primera novela, la inmortal *Peter Simple*. A esto le siguió toda una serie de Marryat y Cooper. De hecho, mi padre leyó cada una de estas historias mientras yo las leía, y las discutía con seriedad con su pequeña niña. Y cuando la pequeña niña, entusiasmada por los cuentos marinos de Marryat, dijo que quería ser una *Post-captain* (lo que quiera que eso signifique) y le preguntó a su padre si sería posible que ella «se vistiera como niño» y «se largara para unirse a los soldados», él le aseguró que se podría arreglar sin ningún problema, pero que no le dijera a nadie hasta que tuviera los planes completamente madurados. Sin embargo, antes que de estos planos maduraran, la manía por Scott ya había comenzado y la pequeña niña supo para su propio horror que pertenecía en parte al detestable clan de los Campbell. Luego vinieron las conspiraciones para alzarse en las tierras altas y revivir a los «cuarenta y cinco». Debo añadir que Scott es un autor al que Marx volvía una y otra vez, al que admiraba y conocía tan bien como a Balzac y Fielding. Y mientras hablaba sobre estos y muchos otros libros, le mostraba a su pequeña niña (aunque ella no fuera del todo consiente entonces) dónde encontrar lo mejor de cada obra, y le enseñaba (aunque ella nunca pensó que la estaban educando, sino lo habría objetado) a ensayar y pensar, a comprender por sí misma.

Y del mismo modo este «amargo» y «amargado» hombre hablaba de política y religión con su pequeña hija. Tengo un claro recuerdo de cuando tenía unos cinco o seis años: sentía algunas dudas religiosas (habíamos estado en una iglesia católica romana para escuchar la bellísima música) que por supuesto le confesé al Moro. Me aclaró todo con tanta calma que desde ese momento no he vuelto a tener ninguna incertidumbre al respecto. Lo recuerdo contándome esa historia del carpintero al que matan hombres adinerados, y diciéndome muchas veces que «después de todo podemos perdonar al cristianismo, porque nos enseñó a venerar a los niños». No creo que se haya contado de esa manera antes o después.

El mismo Marx podría haber dicho *dejad que los niños vengan a mí*, porque de una u otra manera, en donde sea que fuera aparecían niños. Si se sentaba en Heath en Hampsted — un gran espacio abierto en el norte de Londres, cerca de nuestra antigua casa —, si descansaba en el banco de algún parque, pronto aparecía un torrente de niños que rodeaba de la manera más amigable y sincera al enorme hombre de pelo largo, barba y bondadosos ojos marrones. Así se le acercaban niños perfectamente extraños, lo detenían en las calles. Recuerdo una vez que un pequeño escolar de unos diez años detuvo con escasa ceremonia al temido «jefe de la Internacional» en Maitland Park, y le dijo que «mostrara su cuchillo». Después de una pequeña y necesaria explicación, «mostrar» significaba para él «intercambiar», entonces sacaron y compararon los cuchillos. El del niño solo tenía una hoja, y la del viejo dos, aunque evidentemente desafiladas. Tras de una larga discusión llegaron a un acuerdo e intercambiaron los cuchillos, y el terrible «jefe de la Internacional» añadió un penique en consideración por la mella de sus hojas.

Recuerdo también la infinita paciencia y dulzura con que respondía cada pregunta, y nunca se quejaba de una interrupción, en ese momento en que la Guerra americana y los *Cuadernos azules* habían reemplazado a Marryat y Scott. No debe haber sido poca la molestia de tener una niña pequeña parlotando mientras trabajaba en su grandioso libro. Sin embargo, nunca le permitió a la niña pensar que estorbaba. Por esos años, lo recuerdo bien, me sentí por completo convencida de que Abraham Lincoln necesitaba desesperadamente mi consejo sobre la guerra; así que le escribí largas cartas que, por supuesto, el Moro tenía que leer y entregar al correo. Muchos años después me mostró esas cartas infantiles que había guardado porque le encantaban.

Durante mi niñez, el Moro fue un amigo ideal. En casa todos éramos buenos camaradas, y él era siempre el más amable y alegre, incluso en el sufrimiento de sus últimos años, cuando los forúnculos le ocasionaban dolores constantes.

He anotado algunos pocos recuerdos inconexos que estarían incluso más incompletos si no añadiera una palabra sobre mi madre. No es exagerado decir que Karl Marx nunca podría haber sido lo que fue sin Jenny von Westphalen. Nunca la vida de dos personas —ambas notables— estuvieron tan compenetradas, o fueron tan complementarias la una con la otra. De una belleza extraordinaria —una belleza de la que disfrutó y se enorgulleció hasta el final, y que había arrancado la admiración de hombres como Heine, Herwegh y Lassalle—, y de un intelecto e ingenio tan brillantes como su belleza, Jenny von Westphalen era una mujer entre un millón. Como niño y niña pequeña, Karl y Jenny jugaban juntos; como joven y dama —él de diecisiete, ella de veintiuno— se comprometieron, y como Jacob a Raquel, él se guardó para ella durante siete años antes de casarse. Después, durante todos los años de tormenta y tensión, de exilio, de amarga pobreza, calumnias, firme batalla y extenuante lucha, junto a sus fiel y confiable amiga Helene Demuth, estos dos enfrentaron al mundo sin estremecerse ni encogerse, siempre de cara al peligro y el deber. No hay ninguna duda de que él podría hablar de ella a través de Browning: «es ya mi novia inmortal, el azar no puede cambiar mi amor, ni el tiempo afectarlo».<sup>2</sup>

Y a veces pienso que su inmenso sentido del humor fue entre ellos un vínculo casi tan fuerte como su devoción a la causa. Seguramente dos personas nunca disfrutaron más una broma que estos dos. Muchas veces los vi —especialmente si la ocasión exigía decoro y seriedad— reírse hasta que las lágrimas les corrían por las mejillas, e incluso los que se sorprendían por esta horrible frivolidad no podían más que elegir reírse con ellos. Y cuántas veces noté que no se atrevían a mirarse, sabiendo que una vez que lo hicieran se reirían sin control. Verlos con los ojos fijos en nada más que en el otro, como si fueran escolares, sofocados por una risa reprimida que pese a todos los esfuerzos finalmente brotaría, es un recuerdo que no cambiaría ni por todos los millones que a veces se me atribuyen haber heredado. Sí, a pesar de todo el sufrimiento, dolores y decepciones, eran una pareja feliz, y el amargado Júpiter Tronante no es más que una ficción de la burguesía. Y si durante los años de lucha hubo muchas desilusiones, si se enfrentaron a una inmensa ingratitud, tuvieron lo que pocos tienen, amistades de verdad. Ahí donde se conoce el nombre de Marx, también se conoce el de Friedrich Engels. Y los que conocieron a Marx en su casa, también recuerdan el nombre de la mujer más noble que alguna vez vivió, el honorable nombre de Helene Demuth.

A los que estudian la naturaleza humana no les parecerá extraño que este hombre, que era un luchador, haya sido al mismo tiempo el más amable y gentil de todos. Entenderán que podía odiar con tanta intensidad solo porque podía amar con la misma profundidad; que si su pluma incisiva podía aprisionar un alma en el infierno con tanta seguridad como el mismo Dante, es porque era tierno y sincero; si su humor sarcástico podía morder como ácido corrosivo, ese mismo humor podía ser un bálsamo para los que estaban afligidos y en problemas.

Mi madre murió en diciembre de 1881. Él, que nunca había estado separado de ella en la vida, la acompañó en la muerte quince meses después. Luego de la intermitente fiebre

---

<sup>2</sup> «Any Wife to Any Husband» (1855, «Cualquier esposa para cualquier marido»), estrofa 11, de Robert Browning.

de la vida, ahora duermen bien. Si ella era una mujer ideal, él... bueno, él «era un hombre, ni más ni menos, como no volveremos a ver».<sup>3</sup>

### **Sobre el libro:**

Título: *¡Siempre adelante! Escritos y cartas, 1866-1897*

Autora: Eleanor Marx

Prólogo: Alia Trabucco Zerán

Investigación y traducción: Angelo Narváez León

Agosto 2022 — Colección Perdita

---

<sup>3</sup> The Tragedy of Hamlet, Prince of Denmark (1611, La tragedia de Hamlet, príncipe de Dinamarca), acto 1, escena 2, de William Shakespeare.